

HISTORIAS DE CHAVALES

I. JUEZ

Primera edición: noviembre de 2013

© Cobel

ISBN: 978-84-15024-76-7

Cobel

cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción	7
A. Chavales.....	9
–El joven que hacía lo que le gustaba.....	11
–El chico chico del hacha chac	19
–El chico que se ahogaba.....	25
–Quejicas Smith	31
–El chaval y su robot.....	35
–El criticante	41
–Linda Westinhouse	47
–Servicios M.A.S.....	53
–El famoso sistema K-Guan	59
–El joven que rezaba.....	67
–El bosque que quería el hombre que plantaba.....	79
–Carmen Ytal, la sentimental	87
–El caballero Jero	95
–El joven que ofrecía cosas a Dios.....	101
–El extrapolador de Boston	109
–Las hermanas Mida	115
–El verano del joven que rezaba	121
B. Relatos.....	131
–Una nave espacial.....	133
–Tres niños con santa María	139
–Necesitan ayuda	145

-Los hombres-lobo.....	151
-Flojiman	159
-Un generoso hindú.....	165
-Cambiando el mundo.....	175
-El pedrusco dorado.....	179
-El avión de papel.....	189
-Descendientes de mártires	197
-El hombre que amaba sus sandías.....	203
-Los inculpables	209
-La grieta del halcón	217
-El rey orgulloso	227
-El ratón y su palanca	231
-El hombre que encontró la felicidad	237
-El joven que reía.....	243
-El catalejo encantado	247

INTRODUCCIÓN



“Chavales” es un libro con aventuras entretenidas y relatos simpáticos, que contienen enseñanzas para mejorar algún aspecto de la vida.

En la primera parte, cada aventura tiene un protagonista amigo de Gómez, un muchacho que pronto aparecerá en estas páginas. En la segunda parte se incluyen relatos variados, que también aportan enseñanzas a la vez que ayudan a pasar un buen rato.

CHAVALES

Una merienda estupenda.- Hoy es el cumpleaños de Gómez y ha invitado a sus amigos a una merienda y a jugar; y a pelearse por supuesto. Se presentaron todos. Llegó Crispín con Tiajo Best, y Tarse Kun con su sistema. Asistió Jorge aunque no trajo su hacha. Con Florencio vino Constantino, y con Miguel llegó su ángel. Finalmente se presentaron Cosme Gustavo y Roque José. Y con ellos acudió Sebas Estramp acompañando a Jerónimo Caballero.

Estaba también por allí la hermana mayor de Gómez que se llama Marta, con sus amigas Linda Westinhouse y Carmen Ytal. Pero ellas no aparecieron por la merienda salvo para curiosear un poquito. Tampoco estaban las hermanas Mida, para disgusto de Chaleko. Estos chavales tienen sus historias, y esas historias vienen a continuación.

EL JOVEN QUE HACÍA LO QUE LE GUSTABA



El protagonista de este cuento se llama Cosme Gustavo, pero le llamaban Megus que es una abreviación de Cosmegus. Este nombre Megus era muy apropiado porque resumía la frase favorita de Cosme Gustavo, que era: “esto me gusta” o bien “esto no me gusta”. En resumen, Megus era un chico que siempre-siempre hacía lo que le gustaba.

Si le gustaba la comida, tragaba y tragaba. No le apetecía, no la tomaba. Le gustaba ver la tele, la veía; no le iba estudiar, no estudia-

ba. Y así con todo. De modo que se convirtió en un egoísta caprichoso. No un caprichoso cualquiera, sino super-caprichoso. Tanto, tanto que se volvió tonto. Como se verá en esta historia.

Unos amigos habían invitado a comer a la familia de Megus. Mientras los mayores tomaban el café, los chavales de ambas familias se habían repartido por las habitaciones. Las niñas hablaban, tomando un café de juguete. Los chicos jugaban al “yo te pillo y te sacudo”. Los peques dormían, las madres charlaban y los padres envidiaban a sus hijos pequeños.

Llegó la hora de marcharse. Despedidas, besos y sonrisas. Una tarde estupenda. Megus consiguió quedarse un poco más para seguir aporreándose con sus amigos. Como ya era mayorcito, sus padres dejaron que volviera a casa un rato después.

Mientras Megus aprovechaba su tiempo

de descuento, la dueña de la casa recogía el café y ordenaba la sala de estar. De pronto, encontró una cartera desconocida. La abrió y comprobó enseguida que era de la madre de Megus. Se le habrá caído, pensó. Y acertó.

–Cuando te vayas, llévate la cartera de tu mamá que se le ha caído aquí. No te olvides.

–Muy bien.

Poco después, Megus se despidió y tomó el camino hacia su casa, llevando la cartera de su madre. Y ahora empiezan los sucesos asombrosos de este cuento, pues Megus encontró varias personas por el camino. Eran conocidos del pueblo y se pararon a charlar un poco con él.

–¿Qué llevas ahí? (preguntó Megus).

–Una video consola wii-wií para jugar. Mira.

–Me gusta muchísimo tu wii-wií. ¿Me la das?

–No.

–¡Pero me gusta tu wii-wií!

–Lo siento, vale mucho dinero. Tendrás que aguantarte.

Al oír lo del dinero, Megus recordó -¡ay!- la cartera que llevaba. La abrió, buscó y sacó tres mil euros. Ofreció 500 a cambio de la wii-wií. El otro quiso todo.

-¡Pero una wii-wií vale mucho menos!

-Sólo te la doy por los 3.000 euros. Cartera incluida.

Y como Megus era un chico que siempre hacía lo que le gustaba, se quedó con la wii-wií a cambio de los 3.000 euros. Tonto.

Muy contento con su wii-wií, Megus continuó su camino, y poco después vio a un joven que hacía movimientos raros, a la vez que una especie de cordones salía de sus orejas. El joven, al ver que Megus le miraba, se acercó, se quitó los cables de las orejas y dijo:

-¿Querías algo?

-Como te movías tanto y te salían cables de las orejas, pensé que estabas enfermo.

-No, no. Sólo escuchaba música en mi i-pood.

Y le enseñó el aparatito y los auriculares para oír música. A Megus le encantó.

–¡Me gusta mucho tu i-pood! Dámelo.

–Te lo cambio por la wii-wií.

Megus se dio cuenta de que la wii-wií valía mucho más. Pero -¡ay!- el i-pood le gustaba. Y como Megus era un chico que siempre-siempre hacía lo que le gustaba, se quedó con el i-pood a cambio de la wii-wií. Tonto.

Muy contento con su i-pood, Megus continuó su camino, y quiso la suerte o la desgracia que viera a un chico jugando con un balón de colores. Y le gustó. El otro muchacho le dijo:

–¿Me lo cambias por el i-pood?

Megus se dio cuenta de que el i-pood valía mucho más. Pero -¡ay!- el balón le gustaba. Y como Megus era un chico que siempre-siempre hacía lo que le gustaba, se quedó con el balón a cambio del i-pood. Tonto. Y Megus

empezó a hacer toques con el balón.

Detengamos un poco la historia para dar una explicación, porque alguno puede pensar que Megus era muy tonto, incluso tonto-tonto. Pero no hemos dicho que sea tan tonto. Sólo hacía siempre-siempre lo que le gustaba. Pero quien hace siempre-siempre lo que le gusta es bastante bobo. Por ejemplo, un chico que juega demasiado porque le gusta y no estudia porque no le apetece, hace el tonto y le suspenden. Una chica que critica a las demás porque le gusta, hace el bobo y se queda sin amigas. Un chico que insulta al árbitro porque le viene en gana, hace el tonto y le expulsan. Así que conviene tener cuidado con lo que a uno le gusta, y aprender a aguantarse, a dominar los caprichos.

Sigamos nuestra historia. Habíamos dejado a Megus dando unos toques al balón. (Durante nuestra interrupción ha dado 1517 toques). Entonces, pasó por allí un chico a punto de abrir un bollo de chocolate. Megus abrió los ojos porque le apetecía mucho. Y como era

un chico que siempre-siempre hacía lo que le gustaba, se quedó con el bollo de chocolate a cambio del balón.

Y Megus empezó a abrir el envoltorio del bollo de chocolate, pero pasó a su lado un chaval que jugaba con una rama de árbol (¡noo!).

–¿Qué haces?

–Juego con la rama. Me sirve de camuflaje, me da sombra y me abanica. Es muy útil.

–Me gusta mucho.

Y como Megus era un chico que siempre-siempre hacía lo que le gustaba, se quedó con la rama de árbol a cambio del bollo de chocolate.

A todo esto, mientras Megus hacía los intercambios que le gustaban, su madre echó en falta la cartera y llamó por teléfono a su amiga. Le dijeron que su hijo llevaba la cartera y se quedó tranquila. Poco después aparecía Megus, y su madre le preguntó: “¿Y la car-

tera?” Megus extendiendo el brazo le enseñó la ramita de árbol, y le contó la historia. Su madre se llevó las manos a la cabeza y dijo: ¡Aaaaahhhh!

Y hubo tantos gritos, tantos castigos que desde entonces Megus ya no hace siempre-siempre lo que le gusta, sino que procura hacer lo que está bien aunque no le guste. Y así dejó de ser tonto. Y ya no era tonto cuando se presentó a la merienda de Gómez. Aunque llevaba en la mano una rama de árbol que le recordaba una historia que cambió su vida.